

LA DIFICULTAD DE SALVAR A LOS ESTADOS UNIDOS

U Thant, Fanfani, Wilson: los mediadores se multiplican a medida que la guerra del Vietnam se endurece. «Hay que salvar a los Estados Unidos», decía el título de un artículo del profesor Carzou en las «libres opiniones» de «Le Monde» (4-5 de febrero): el autor cree que «así mismo, ya, a las primicias de la catástrofe» en vista de que una conciencia universal «les condena y les maldice», toda su influencia se ha disipado en tres años y «están vilipendiados por aquellos a quienes aún alimentan»; que sus estructuras internas, su integridad, se desmoronan. «Parece que, al final de la guerra del Vietnam, será la propia América la que resultará destruida». «Pero nadie puede regocijarse de tal hundimiento. La paz está hecha por el equilibrio de los bloques. Algo más grave: es ese mismo equilibrio el que hace nuestra seguridad de europeos». Carzou imagina ya una Europa conquistada por la URSS: «Una Europa jalada por los vopos, donde tendremos que aprender a olvidar la libertad». El profesor Duverger, en el mismo periódico (15 de febrero), es menos apocalíptico. Duverger es uno de los más claros pensadores de la izquierda burguesa de nuestros días. Duverger cree que toda la fuerza de los guerrilleros y de las tropas del Vietnam del Norte no conseguirán arrojar al mar a los americanos y que, a pesar de las apariencias, la incidencia de la guerra del Vietnam sobre la economía americana es aún débil: «El ciudadano americano no tendrá que privarse de demasiada mantequilla para mantener indefinidamente los cañones en la península indochina». Pero, a su vez —es su tesis—, los americanos no podrán derrotar militarmente a los vietnamitas; «para replicarles, los equipos del general Loan tendrán que parecerse cada vez más a la Gestapo, y los bombardeos del Norte a los de Coventry». Es una forma de señalar la naciación de los Estados Unidos. La aparición de la catástrofe americana para Duverger está en «el desarrollo del odio contra América y occidente» y porque «la victoria de una resistencia popular contra el mayor ejército del mundo desarrollará los sentimientos revolucionarios en todos los países proletarios». ¿Cómo salvar a los Estados Unidos? «No basta con mostrar a Washington que el "fascismo exterior", hacia el que conduce necesariamente la continuación de la guerra, está en contradicción absoluta con los principios mismos de la civilización de occidente; es también preciso reemplazar una estrategia política sobrepasada, que corresponde a la situación de los años cincuenta, por una estrategia adaptada a la situación de hoy». Duverger propone una acción común de Gran Bretaña, Escandinavia y los Seis para proponer la apertura de negociaciones. «El silencio de Europa no perjudica solamente a América y al Vietnam: daña también a la propia Europa». La idea de la guerra sin salida aparece en un editorial del «Sunday Times» (conservador, de Londres): «Que termine con una derrota militar de los Estados Unidos es inconcebible. Una victoria total americana es también inconcebible». Otro conservador, el «Journal de Génève», ve la catástrofe en que si lo mejor que podrían hacer los americanos es «desprenderse inmediatamente» del conflicto, «¿les dejarán los comunistas marcharse fácilmente?». Para «Die Presse» (derechas, Viena) existe ya la «tentación de preguntarse si

la guerra del Sudeste asiático no ha sido ya perdida por los Estados Unidos». Cree que una guerra de esta envergadura «no se gana estando convencido a medias, teniendo mala conciencia y con un ejército educado en la comodidad».

QUANDO el debate se traslada a los Estados Unidos, adquiere otras resonancias más graves. En la edición internacional del «Herald Tribune», el senador Fulbright examina lo que considera una traición a la historia: «Si alguna vez una nación ha tenido la posibilidad de romper el círculo vicioso del imperialismo, América es esa nación. Si no lo hacemos, no será porque la historia nos ha asignado un papel imperialista. Será porque hemos escogido un cierto número de absurdos pretenciosos, porque el poder se nos ha subido a la cabeza como una dosis masiva de LSD, haciéndonos traicionar nuestra historia y los objetivos por los cuales esta nación ha sido fundada». En el «U. S. & news & world report» (extrema derecha), la tragedia consiste en que «cuanto más se comprometen en Asia los Estados Unidos, más fácil le es a Rusia penetrar la zona mediterránea, Oriente Medio, Asia del Sur y dividir a los aliados de occidente en Europa; cuanto más atraídos estén los Estados Unidos hacia la proximidad de las fronteras de China, menos temerá Moscú por parte de su rival roja un ataque contra sus fronteras». Walter Lippmann, el gran pensador liberal, se retiró del periodismo hace algún tiempo; regresa ahora, de cuando en cuando, reclamado por la gravedad de los acontecimientos por que atraviesa su país. «Estamos intentando lo imposible», escribe en «Newsweek» (12 de febrero). «No es necesario leer chino y sánscrito para entender los hechos esenciales de las relaciones estratégicas y militares entre América y Asia. Basta con mirar un mapa y estudiar las estadísticas. La política de Johnson y Rusk está basada en la idea de que 200 millones de americanos, en razón de su tecnología superior, pueden dirigir los dos tercios de la raza humana que habita en el continente de Asia: esto no es posible hacerlo. El tamaño de Asia es demasiado grande. La distancia desde América es demasiado grande. La desconfianza en la capacidad dirigente del hombre occidental blanco es demasiado grande. La repugnancia del hombre blanco occidental para la batalla y la muerte es demasiado grande. Los cimientos de esta política están podridos, a punto de desmoronarse». «Incluso el más ciego de entre nosotros puede ver que los Estados Unidos, que no tienen ningún aliado efectivo en el mundo, no pueden tener superioridad militar sobre todo el planeta».

LA nube de mediadores que estos días surcan los aires, de aeropuerto en aeropuerto, buscando interlocutores válidos, son conscientes de esta situación, de que «hay que salvar a los Estados Unidos» porque es una forma de salvarse ellos mismos y lo que representan. No parece, hasta ahora, que hayan tenido mucho éxito. Johnson repite una y otra vez que se sostiene en el



Por EDUARDO HARO TEGLEN

A medida que la guerra de Vietnam se endurece, se multiplican los mediadores que buscan una negociación:

«Hay que salvar a los Estados Unidos», escribe el profesor Carzou en «Le Monde», y Maurice Duverger propone una acción conjunta de Gran Bretaña, Escandinavia y los Seis.

U Thant, secretario general de la ONU, ha recorrido ahora varios países abogando en pro de la difícil paz.

espíritu de su «declaración de San Antonio» —del nombre de la ciudad en que la hizo—: es decir, que está dispuesto a suspender los bombardeos del Norte cuando el Norte deje de influir en la política del Sur. Johnson y Rusk no tienen ahora ningún deseo de negociar. Sentarse a una mesa de conferencias con tanta catástrofe militar y política encima sería sentarse en posición de inferioridad; Vietnam no tiene ninguna gana de negociar mientras su ofensiva siga siendo victoriosa, mientras se mantenga en Hue, en los barrios de Saigón, mientras pueda seguir convirtiendo en un infierno la base de Khe Sanh. Finalmente, no se ve qué es lo que se pueda negociar. No se encuentran fórmulas.

LOS Estados Unidos, tan mediocremente dirigidos ahora, han perdido la plasticidad política. Se les ha embotado en la técnica. La fina inteligencia de los artesanos de antaño se perdió —salvo residuos para museo— en la utilización de la máquina; el cerebro ágil de los políticos americanos se ha esclerotizado con el uso de los cerebros electrónicos, de los computadores, de la guerra automática. La primera vez que se ha puesto en marcha esta máquina extrahumana de guerra, ha fracasado. Ya no hay cerebros que la sustituyan. Se ha cantado demasiado pronto el final de las ideologías, se ha ensalzado antes de tiempo la primacía de las tecnocracias. Y ahora resulta que no hay plasticidad para salir de una situación dada; ahora resulta que en las naciones proletarias —en el Vietnam— existe aún la imaginación, la ideología, la política, el estímulo humano contra el extrahumano...

UNA ficha más que se introduzca en un computador electrónico del Pentágono dará, sin duda, una respuesta inevitable: la bomba atómica. Es su línea, es la línea electrónica. En unas declaraciones hechas el 15 de febrero, McNamara, secretario de Defensa saliente, aseguró que el Presidente Johnson no ha tomado en consideración el uso de las bombas nucleares en el Vietnam. Supone esta declaración una tranquilidad relativa. Relativa sólo, por cuando el Presidente Johnson —y no habrá gobernante capaz de arrojarle la primera piedra— ha hecho muchas declaraciones que luego han resultado inversas. Bastará recordar los términos de su campaña electoral frente a Goldwater, y todo lo que ha ocurrido en los años siguientes. Si se sigue el camino de la «nacificación» que teme Du-

verger, el del imperialismo que denuncia Fullbright, el de la política militar que acusa Lippmann, el extremo inmediato es el de la bomba atómica. En una situación clásica, soluciones clásicas. La solución clásica en los antiguos imperios para estos problemas ha sido el empleo de toda la fuerza. La subversión estratégica de la escalada —el empleo de la fuerza en dosis pequeñas— ha fracasado: ha sido una vacuna que ha fortalecido el cuerpo del enemigo. Sin embargo, se habla de la bomba atómica «táctica», de una bomba atómica que no es «toda» la bomba atómica, sino una pequeña muestra capaz de arrasarse una milla cuadrada. Es cierto que los Estados Unidos no han dado hasta ahora, en Washington, signos de revisión de su acción política como consecuencia de la derrota; pero, en cambio, parece que se está rectificando rápidamente el pensamiento militar, y que muchos generales piden la destitución o el traslado de Westmoreland; quizá a un «puesto superior», para no dar así más sensación de derrota, pero fuera del Vietnam. En el arsenal de Estados Unidos hay todo un muestrario de pequeñas bombas, fabricadas ya en serie, que parten de la potencia de un kilotón en adelante (la bomba de Hiroshima tenía una potencia de 18 kilotones); se lanzan desde armas que van del Davy Crockett, con dos kilómetros de alcance, a las baterías Pershing, con 700 kilómetros de alcance y, desde luego, por medio de aviones. Todo ello está ya en el Vietnam. Los americanos lo desmienten, y es posible que tengan razón en cierta forma: no estarán, quizá, sobre el «suelo» del Vietnam, entre otras razones por el temor al error y por el temor a que pudieran caer en manos del enemigo. Pero están, sin ninguna duda, a bordo de los barcos de la séptima flota que patrullan por las costas vietnamitas. El «Enterprise», enviado a toda prisa a Corea del Norte para rescatar el «Pueblo» —y alejado después sin haber cumplido su misión—, es uno de estos arsenales flotantes. La dificultad actual de emplear las bombas atómicas tácticas es que las distancias entre guerrilleros y soldados del ejército de ocupación americano y sus aliados no existen: no hay una sola milla cuadrada que se pudiera devastar sin hacer víctimas propias y civiles en cantidades masivas. Cabe, eso sí, el bombardeo de Vietnam del Norte, la destrucción de Hanoi y de Haifong, el regreso a la «edad de piedra», como proponía el arrebatado general Curtis LeMay. Sería, ciertamente, una solución: una vez desaparecido el Vietnam, los Estados Unidos no tendrían necesidad de ayudarlo a «elegir la libertad» y podrían retirarse más o menos satisfechos.

ENTRE afirmaciones y desmentidos, el hecho es que comienza a hablarse de la bomba atómica, que comienza a familiarizarse con ella a la opinión pública; que puede hacerse creer al Vietnam que puede usarse contra él. La simultaneidad de estas noticias con las de los intentos de mediación nos lleva de un extremo a otro de la gama de posibilidades. Por el momento, todas estas posibilidades parecen imposibles, por muy paradójica que resulte la frase. Y no se ve fácilmente ninguna salida, ninguna forma de aliviar la situación.